

HOMILÍA

Domingo XXXIII del tiempo ordinario. Ciclo B.

Dn 12, 1-3

a. Contexto

Al acercarnos al final del ciclo anual litúrgico, las lecturas bíblicas de la Eucaristía, especialmente la dominical, invitan a sumergirse en reflexiones y vivencias sobre lo definitivo del mundo y de nuestras vidas.

El objetivo es despertar el sentido de la vida (últimos domingos del año litúrgico), enlazando con la esperanza (temática de Adviento). La literatura judía y cristiana ofrecen textos adaptados a estos planteamientos.

Se trata, entre otros géneros, de la literatura apocalíptica: Jr, Ez, Is, Dn, o el Libro del Apocalipsis cristiano. La temática y las formas proféticas de precioso Libro nos hacen vivir el sentido de la vida, la apertura a Dios.

Hasta nos abren a la esperanza en Cristo, Señor de la historia y de la vida. Entrando en el fondo sociológico y religioso de Dn, se ve que las promesas de Dios en los Profetas se cumplen parcialmente en la historia.

El pueblo judío experimenta la desilusión del destierro en Babilonia. Al volver los desterrados a encontrarse con sus hermanos de Palestina, necesitan realizar un Gran Juicio sobre su trayectoria como pueblo.

Así pueden rehacer las esperanzas tradicionales de pueblo elegido: predicación de Is III, siglo VI, a. J.C. Será en tiempos de la dominación helenista (s.III-II a J.C.) cuando la literatura apocalíptica se abra.

Es decir, transida de desesperanza, se abre a la regeneración religiosa de Israel, dentro de los vaivenes de la historia dominada por las grandes potencias del momento.

Cuando el judaísmo mira de forma pesimista la historia como un ciclo desesperanzadamente cerrado, es momento para que la literatura apocalíptica, como la de Daniel, empuje a anhelar un reino de Dios futuro.

La subida al trono helenista de Antíoco IV Epifanes coloca al mundo judío en situación desesperada. Las reacciones son diversas: rebeldía: Libros de los Macabeos; otras, más literarias, pacientes y dialécticas.

Es el caso que hoy nos ocupa justo con el Libro de Daniel. El autor hace renacer en él con su variedad de lenguas (arameo, hebreo y griego) y con las parábolas que narra, la esperanza en esos difíciles momentos.

La estructura de Dan. se puede entender así:

-Dn 1-6: relatos (creados todos literariamente) de Daniel y sus compañeros.

-Dn 7-12: son relatos en 1ª persona: visiones de Daniel con su interpretación. Aquí se inserta el texto de la Liturgia de hoy.

-Dan 13-14: 3 narraciones en griego, en 3 persona, acerca de la sabiduría de Daniel.

El Libro de Daniel contiene una literatura difícil, para poner un poco de reflexión y de esperanza en tiempos también difíciles. Enseña que la historia encierra esquemas repetidos, pero se renueva por dentro, siempre.

Esto es así, si se la mira desde la esperanza en Dios: tal es el mensaje de fondo del Libro de Daniel, que encierra una dura crítica a todo poder humano, como el de los Seleúcidas, en su época (s.III-II a J.C.).

El hombre que pretenda suplantar a Dios, sucumbirá.

b. Texto

La angustia vivida bajo los Seléucidas termina con la manifestación definitiva de Dios, Dios de vida, resurrección. Las alusiones al futuro, aquí como en Macabeos, son la base de una lectura cristiana de esto.

Es la clave del triunfo de Cristo sobre el mal, del poder soberano de Dios frente a todo abuso e idolatría humanas. Los sabios que hablan de la salvación que Dios traerá no son una élite del pueblo.

Se trata más bien de que el mismo se abre a Dios en esperanza. Por eso la presencia de Miguel como Ángel de Dios será una garantía de protección para el pueblo.

Despojando la lectura de estos pasajes de su carácter dualista (bien-mal, pesimismo moralizante) propio de la literatura apocalíptica con sus expresiones lingüísticas exageradas, el mensaje de esperanza es claro.

Dn puede y debe ser leído a la luz de Cristo que abre a la humanidad a la Trascendencia de Dios, pero desde dentro, por gracia de Dios (no por desgracia humana, que es lo típico de la apocalíptica judía...).

La salvación de Cristo es mucho más que un remedio: es el gran don de Dios al hombre, después de haberlo creado. Se trata de una realidad de gracia, no de salida forzada; de gozo, no de resignación.

Esto anterior es salirse del texto, pero resulta particularmente interesante para asumir, aceptar y superar la literatura véterotestamentaria que hoy nos regala la Liturgia del día.

c. Para la vida

Lo he dicho anteriormente: Cristo es el gran don de Dios al mundo. Se impone superar los esquemas de culpa, juicio, castigo, promesa, futuro de salvación (sólo en parte asumibles por la fe, y de forma nueva).

Esto implica el plantearse el sentido de la vida y del mundo, el don de la esperanza, como una presencia de Dios positiva (no de arreglo de cacharros rotos, aunque los hay).

No se trata de suplir al hombre, sino de darle la plenitud en Cristo. La Iglesia asume así esta literatura apocalíptica judía, pero vaciándola de la desesperanza, del dualismo disgregador: buenos-malos.

Se exige la solución definitiva basada en la irrupción de Dios en la historia, superando la proyección sólo al futuro de la respuesta de Dios. El *ya, pero todavía no* de la fe en Cristo es la forma de leer estos textos.

La salvación tendrá su plenitud en la escatología, pero ya comienza aquí, porque, como Pablo, creemos que donde abundó el pecado, no sobreabundó la desgracia, sino la gracia de Dios en Cristo (cf. Rom 5).

¿No sería bueno despojarse hoy, hermanos, de tanta resignación barata que no tiene nada que ver con buscar y aceptar la voluntad de Dios a través del discernimiento cristiano?

¿Y qué decir de la búsqueda de soluciones 'facilonas' frente al mal: elitismos, refugio excluyente intracomunitario, condenas simplistas, violencia, rechazo de medios humanos para restañar heridas, desesperanza?

El rechazo de esos métodos es fruto de la inteligencia del hombre, fruto igualmente de la obra de Dios. La literatura arrasante, de destrucción masiva es frecuente en cierto cine moderno, en alguna música de moda.

Y es la forma de pensar de algunos grupos juveniles, teniendo mucho que ver con el tomar al pie de la letra los textos apocalípticos, y con substratos totalitarios que se esconden en algunas visiones filosóficas.

Hermanos, el recurso al mamporro instantáneo, o bien el dejarlo todo para luego, en una postura desilusionada, no son salidas propias de un cristiano. El optimismo de la fe ha de irse despojando de angelismo.

Es verdad que debe liberarse continuamente de toda ilusión precrítica, y que hay que mirar la realidad; pero con los ojos de Dios, y también con los de hoy. ¿Por qué no darle la mano al mundo actual?

Urge hacerlo, sabiendo críticamente que está lleno de trampas, pero que el diálogo constructivo, el discernir desde la fe, y también contar con la gracia de Dios-el gran don que nos regala-, constituye una tarea dinámica.

No es cuestión de un adormecedor seguro automático para andar por casa. Esperanza, fe en el futuro en Dios, alegría por la gracia que nos da son los ingredientes de la vida cristiana, hoy más que nunca.

O, al menos, hoy como siempre, pero hoy también, hermanos...

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

aderojasr@yahoo.es